



Cincuenta años después del Concilio

Jesús Espeja*

Resumen:

El autor presenta en tres grandes momentos lo que el Concilio ha significado para la Iglesia: Primero las llamadas fundamentales del Espíritu que guiaron la reforma eclesial, en un segundo momento cómo la iglesia ha recepcionado y vivido estas llamadas, y tercero como las enseñanzas del magisterio pontificio actual tocan de nuevo la renovación conciliar pero con la frescura, originalidad y alegría del evangelio expresado en la vivencia misionera y comprometida de la iglesia en pro de la evangelización y particularmente la opción preferencial por lo pobres.

Palabras clave: Concilio Vaticano II, Magisterio Pontificio, *Evangelii Gaudium*, CELAM.

* Fraile Dominicó. Doctor en Teología, Maestro en Sagrada Escritura (Título especial de la Orden de Predicadores). Docente del CEBITEPAL. Email: jesusespeja@yahoo.es

Fifty years after the Council

Summary:

The author presents three significant expressions of what the Council has meant for the Church: first, the fundamental call from the Spirit that guided Church reform; second, how the Church received and lived this call; and third, how the teaching of the current Pontifical Magisterium once again centers around the renewal promoted by the Council, but with the freshness, originality and joy of the Gospel expressed in the Church's commitment to mission and evangelization, particularly the preferential option for the poor.

Key words: Vatican Council II, Pontifical Magisterium, *Evangelii Gaudium*, CELAM



No es pequeña suerte haber vivido antes del Vaticano II, recibir con gozo los documentos conciliares, y ver la evolución del postconcilio en los cambios del mundo moderno y en las mismas posiciones de la Iglesia. Una suerte, porque permite sopesar sin escándalos ni precipitaciones un proceso de reforma en la Iglesia que, con lentitud avanza poco a poco, a veces con peligrosos remolinos.

El Vaticano II fue sin duda el acontecimiento más importante de la Iglesia en el siglo XX, 1962-1965. Como acontecimiento dentro de la historia eclesial, aportó una orientación saludable para la necesaria renovación de la comunidad cristiana. Pero esa orientación no es un enlatado de verdades y normas aplicables sin más en cualquier situación. Sometida como todo lo humano a un tiempo, tiene que ser concretada en las nuevas aportaciones o signos del mundo en el postconcilio. Por otro lado, la orientación conciliar ha ido tomando cuerpo en el dinamismo de las Iglesias locales, que no sólo reciben esa orientación con distinto ritmo sino que también la enriquecen al concretarla.

Estas dos observaciones determinan los tres puntos de mi reflexión. Llamadas fundamentales del Espíritu en el Vaticano II para la reforma de la Iglesia. Cómo se han procesado esas llamadas en el postconcilio. Recepción en el tercer periodo postconciliar.



1. LLAMADAS MÁS SALIENTES DEL ESPÍRITU A LA IGLESIA EN EL CONCILIO

El legado del Vaticano II está en los documentos conciliares. Si bien hay en ellos visiones y posiciones distintas y a veces yuxtapuestas, puede haber acuerdo a la hora de señalar unos objetivos y unas líneas que de algún modo marcan la orientación en la que se inscriben todos los documentos.

a) Para qué se convocó

Esas líneas de algún modo fueron sugeridas ya por Juan XXIII en la constitución para convocar el Concilio y en el discurso de apertura¹. El Vaticano II fue convocado para la evangelización. Venía siendo preocupación urgente de la Iglesia desde Pío XI (1922-1939) que constató la apostasía de las masas y fomentó la Acción Católica como brazo de la jerarquía para responder a la misión evangelizadora. A mediados del siglo XX el alejamiento del mundo europeo respecto a la Iglesia era un fenómeno creciente, y Juan XXIII convocó el Concilio tratando de responder a esta situación.

La misión de la Iglesia es evangelizar: “Se la exige hoy que infunda en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del Evangelio”². Para esa evangelización la Iglesia necesita vivir “la gozosa presencia de Cristo, viva y operante”; que sea “fiel a la imagen divina que le imprimiera en su rostro el divino Esposo, que la ama y la protege, Cristo Jesús”³.

Que la Iglesia “*se capacite cada vez más para solucionar los problemas del hombre contemporáneo*”⁴. Imperativo que implica: 1) mirar al mundo y su historia no “como profetas de calamidades”; en los acontecimientos de la historia humana “es preciso recono-

¹ Constitución Apostólica *Humanae Salutis* (HS) 25 de diciembre, 1961. El principal objetivo del Concilio. Discurso de Juan XXIII, 11 de octubre de 1962 para la inauguración solemne del Concilio Vaticano II (*Gaudet Mater Ecclesia*, GME).

² JUAN XXIII, Constitución *Humanae Salutis* (HS) para convocar el Concilio Vaticano II, n. 2.

³ HS, 1 y 6.

⁴ HS, 5.

cer los arcanos designios de la Providencia divina”, la historia sigue siendo maestra de la vida; 2) ante los errores que van surgiendo en la historia, la Iglesia “prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad”. Está sugiriendo el paso del anatema y la condenación, al respeto y al diálogo⁵; 3) la Iglesia tiene que mantener “el patrimonio sagrado de la verdad recibida de los Padres”; pero “al mismo tiempo tiene que mirar al presente considerando las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo moderno”⁶.

Que la Iglesia en la sociedad tenga *presencia pública profética*. Ello implica que no la rompa cualquier consorcio con el poder político: “los príncipes de este mundo. En más de una ocasión, se proponían ciertamente proteger con toda sinceridad a la Iglesia, más con mayor frecuencia sus acciones no se hallaban exentas de daños y peligros espirituales”⁷.

Juan XXIII manifestó su intención de *diálogo ecuménico*, encargando al Secretariado para la unidad de los cristianos, que cursara invitación a miembros de otras confesiones cristianas para participar en las sesiones conciliares. Deseaba “rehacer la unidad visible de todos los cristianos que responda a los deseos del Redentor Divino”.

Que la Iglesia sea de todos y “particularmente *de los pobres*”⁸.

b) Eco en los documentos conciliares

Siguiendo los puntos marcados por Juan XXIII, en los documentos conciliares encontramos:

La Iglesia se constituye en la misión. Hay en esos documentos tres dimensiones esenciales de la Iglesia. Dos son destacadas en

⁵ GME, 9,15.

⁶ GME, 13.

⁷ GME, 11.

⁸ JUAN XXIII, Radiomensaje del 11 de septiembre de 1962.



la constitución *Lumen Gentium*. La Iglesia es sociedad orgánicamente estructurada donde los obispos, sucesores de los Apóstoles, “reciben el ministerio de la comunidad con sus colaboradores los presbíteros y los diáconos”⁹. La Iglesia es pueblo de Dios, donde “es común la dignidad de sus miembros que deriva de su regeneración en Cristo”¹⁰. Pero un año después, cuando ya había madurado el Concilio, en la constitución *Gaudium et Spes* se da relieve a la dimensión evangelizadora:

“No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido”¹¹.

Esto supone que la Iglesia sea ante todo una “comunidad de vida”, *cuero espiritual de Cristo*. Y que en ella toda la organización visible sea para la comunión invisible¹².

En el Concilio la Iglesia ratificó su solidaridad con el mundo, entendido como la entera familia humana “con todas las realidades entre las que ésta vive”. Su visión del mundo es fundamentalmente positiva. La Iglesia reconoce que el mundo moderno tiene valores y verdades. Se pasa del anatema al diálogo. La constitución “*Gaudium et Spes*” y la declaración “*Dignitatis Humanae*” sobre la libertad religiosa, son documentos punteros en esta nueva visión y nueva relación de la Iglesia con el mundo moderno¹³.

En cuanto a la presencia pública de la Iglesia. El Concilio dejó bien claro que la misión propia de la Iglesia no es directamente política ni social. Tanto la gestión política como la organización social pertenecen al estado. La misión que Cristo encomendó a la Iglesia

⁹ LG, 18-20.

¹⁰ LG, 32.

¹¹ GS, 3.

¹² LG, c. 1 sobre *El misterio de la Iglesia*.

¹³ Ver, por ejemplo, GS, 1,2, 19,42; DH, 1-2.

es religiosa; y de ahí deriva una incidencia necesaria de la Iglesia en la organización política, pues la fe todo lo ilumina y abre horizonte nuevo para la búsqueda de soluciones más humanas en todas las áreas de la sociedad¹⁴.

Y el Concilio desarrolló un aspecto fundamental en la reforma de la Iglesia, que no estaba muy contemplado en el discurso inaugural de Juan XXIII: *la imagen “pueblo de Dios”*, donde todos los bautizados tienen la misma dignidad y, cada uno desde su vocación, es responsable en la organización y misión de la Iglesia¹⁵.

Respecto *al ecumenismo*, el Concilio dio un paso adelante muy significativo no solo en el diálogo con las otras confesiones cristianas sino también con todas las religiones del mundo¹⁶.

No faltó en los conciliares sensibilidad a la opción por los pobres sugerida por Juan XXIII poco antes de convocar el Concilio. Incluso aprobaron un texto bien significativo:

“Habiendo como hay tantos oprimidos actualmente por el hambre en el mundo el Sacro Concilio urge a todos, particulares y autoridades a que, acordándose de aquella frase de los Padres —‘alimenta al que muera de hambre, porque si no lo alimentas, lo matas’ (Decreto de Graciano)— según sus posibilidades, comuniquen y ofrezcan realmente sus bienes ayudando en primer lugar a los pobres, tanto individuos como pueblos, a que puedan ayudarse y desarrollarse por sí mismos”¹⁷.

Pero en el Concilio la opción por los pobres no entró como clave hermenéutica para el diálogo de la Iglesia con el mundo. Sus gestores principales y quienes llevaron la voz cantante fueron obis-

¹⁴ GS, 11 y 42.

¹⁵ LG, 32.

¹⁶ Decreto *Sobre el ecumenismo*, y Declaración *sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas*.

¹⁷ GS, 69.



pos y teólogos europeos. Y en primer lugar estaban preocupados por el proceso de la secularización que postulaba nueva versión de la fe cristiana, más que de las mayorías empobrecidas en el llamado “tercer mundo”.

2. CÓMO SE PROCESÓ ESTE LEGADO EN EL POSTCONCILIO

No ha sido fácil para la Iglesia en las últimas décadas digerir las orientaciones del Concilio que implicaban un cambio en la forma y en el funcionamiento de las estructuras fundamentales de la Iglesia. Durante los cuatro siglos de Contrarreforma la eclesiología se había reducido a la organización visible de la Iglesia, y el cambio del Concilio dando prioridad a la vida sobre la organización eclesial, exigía nuevos cauces jurídicos que no nacen de la noche a la mañana.

A esta dificultad se añade otra. En el postconcilio pervivieron las dos tendencias que tensionaron los debates en el aula conciliar: unos muy preocupados por mantener la fidelidad a la tradición, y otros más preocupados por responder a los nuevos signos del mundo moderno. Las dos tendencias quedaron reflejadas en los documentos conciliares, si bien a medida en que fue madurando el Concilio, sobre todo en los documentos más punteros, prevalecieron, sin romper con la tradición viva, la mirada positiva sobre el mundo y la invitación al diálogo sincero, según la orientación dada por Pablo VI en la encíclica memorable “*Ecclesiam Suam*” de 1964.

En los años que inmediatamente siguieron a la celebración del Concilio, en la comunidad cristiana se respiró ambiente optimista. Hubo reformas sobre todo en campo litúrgico, se abrieron puertas en el ecumenismo, se dieron pasos en el diálogo con el mundo y, gracias en buena parte a la opción de la Iglesia en América Latina, despertó ya en los países europeos, al menos en la sociedad española, la sensibilidad ante la exclusión de los pobres. Pero, a partir del año 1985, en que se celebró el Sínodo Extraordinario para valorar los primeros veinte años de postconcilio, prevaleció en la orientación oficial de la Iglesia la preocupación por las certezas y

seguridades doctrinales. Como exponente y fruto de esa preocupación salió en 1992 el “Catecismo de la Iglesia Católica”.

Revisemos brevemente los distintos capítulos.

La Iglesia se constituye en la misión. La evangelización ha sido una llamada constante de la Iglesia postconciliar. Documento señero fue la exhortación *Evangelii Nuntiandi* en 1975. Después Juan Pablo II una y otra vez urgió la necesidad de nueva evangelización. En el 2007 la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño sacó el documento “*Discípulos y misioneros para que nuestro pueblos en el tengan vida*”. Y en el 2012 tuvo lugar el Sínodo Ordinario de los obispos *sobre la nueva evangelización y la transmisión de la fe*. Sin embargo, al menos en Europa, da la impresión de que la llamada urgente de la jerarquía no cala suficientemente en la práctica de la comunidad cristiana. Por eso hay motivos para sospechar que la dificultad mayor para la nueva evangelización no está en la situación del mundo que sin duda es compleja sino dentro de la misma comunidad de la Iglesia. La fe sólo se transmite de verdad como una experiencia de vida y no hay un verdadero discípulo de Jesús que no sea evangelizador. Para que la luz ilumine sólo necesita ser luz; y para dar sabor a los alimentos basta que la sal no sea insípida.

La comunidad de vida con Jesucristo; y que la organización visible de la Iglesia esté en función de esa comunidad que lleva en su misma entraña la vocación evangelizadora. Quizás radique ahí el mayor fallo en el postconcilio. El Vaticano II no elaboró un documento sobre la espiritualidad cristiana y apenas habló sobre la experiencia de Dios revelado en Jesucristo; su empeño de reformar la estructura eclesial y establecer nueva relación con el mundo moderno ocuparon todo el tiempo. En el periodo postconciliar han surgido dentro de la Iglesia movimientos y grupos buscando espiritualidad a veces con cierto espíritu sectario y evasivo respecto a las cuestiones sociales. Mientras, no han faltado cristianos muy preocupados por estas cuestiones pero dejando un poco de lado la espiritualidad. Volver a Jesucristo y vivir la fe como experiencia personalizada es el imperativo más importante que hoy tiene la Iglesia para evangelizar.



En el Concilio la Iglesia ratificó su solidaridad con el mundo, entendido como la entera familia humana “con todas las realidades entre las que ésta vive”. Se optó por el diálogo en vez de la condena. En esa misma línea fue inesperada la declaración sobre la libertad religiosa. A partir del Sínodo de 1985, influenciado sin duda por la entrevista —“Informe sobre la fe”— del entonces Cardenal J. Ratzinger, la posición de la Iglesia fue *de recelo y de reserva por miedo a la contaminación con el lado sombrío del mundo*. El documento de Aparecida sin embargo procede con la visión fundamentalmente positiva del mundo, si bien es consciente de que hoy la realidad del mundo es “compleja y opaca”.

En cuanto a la presencia pública de la Iglesia. Aunque se nota más en Europa, en el postconcilio la sociedad en sus distintas áreas —económica, política, cultural...— se ha ido emancipando de la tutela de la Iglesia. En países de larga tradición católica el desarrollo del mundo secular ha desplazado la presencia pública de la Iglesia como poder. Pero resulta difícil la conversión de la misma Iglesia. No sólo porque muchos cristianos, incluidos miembros de la jerarquía eclesiástica, siguen con nostalgia de la era constantiniana o situación de cristiandad. También porque la nueva presencia pública de talante profético exige una maduración de la comunidad cristiana en la experiencia de fe y esta conversión va despacio.

Sobre *la corresponsabilidad de todos los bautizados* —Iglesia pueblo de Dios— en el segundo periodo postconciliar se avanzó muy poco. Aunque salió una Exhortación Apostólica —“Christifideles Laici”, 1988— para promover el laicado, da la impresión, al menos en algunos países europeos, que, durante el segundo periodo postconciliar, se ha fortalecido el clericalismo excesivo.

El diálogo ecuménico también encontró reservas por miedo a un irenismo donde se pierda la singularidad de la religión católica. Con estas reservas salió la Declaración “*Dominus Iesus*”, en el año 2000. Si parece que la intención del mismo era sana, muchos lo percibieron como un retroceso en el diálogo ecuménico.

La opción por los pobres. No entró suficientemente en el Vaticano II. Pero sí entró cuando la orientación del Concilio tomó tierra en la Iglesia de América Latina. Los documentos elaborados en las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano plasmaron en la realidad de América Latina y de El Caribe, las llamadas nucleares del Concilio. Inspirados y animados por la llamada del Concilio, los obispos descubrieron como signo más relevante de aquellos pueblos el clamor de las mayorías empobrecidas pidiendo liberación; y así el diálogo con el mundo se hizo desde la opción por los pobres. Pero este diálogo evangelizador con el mundo desde los pobres postulaba despertar a la Iglesia como pueblo de Dios, imagen bien destacada en el Concilio. Por ahí apuntaban las llamadas Comunidades Cristianas de Base que recibieron impulso en la Conferencia de Puebla, 1979. Sin embargo estas aportaciones que la Iglesia en América Latina hizo concretando las orientaciones más básicas del Concilio, no encontraron la recepción deseada ni en las altas instancias del Vaticano ni en las iglesias locales europeas.

3. RECEPCIÓN EN EL TERCER PERÍODO POSTCONCILIAR

Un Concilio ecuménico siempre implica para la Iglesia una sacudida de Espíritu que desinstala. En una primera etapa se respira con optimismo la novedad aportada por el Concilio. Pronto sin embargo y ante posibles interpretaciones o prácticas extremistas, viene una segunda etapa de revisión por parte de la jerarquía que a veces implica un cierto freno a la novedad del Concilio. Finalmente llega un tercer periodo que viene a ser un tiempo en que, ya con serenidad, se asume y se procesa la novedad esencial y permanente de los documentos conciliares.

Así ha ocurrido en la recepción del Vaticano II. Al optimismo y apertura un poco anárquica en los primeros años de postconcilio, sucedió un segundo periodo postconciliar de revisión que algunos interpretaron como dique de contención al dinamismo desencadenado. La orientación de la Iglesia en el segundo periodo postconciliar estuvo marcada por la preocupación de mantener la ortodoxia, más que por el diálogo con el mundo y por la corresponsabilidad de todos los bautizados.



Con sus gestos y sus palabras el Papa Francisco no hace más que poner en práctica la reforma emprendida en el Concilio. Por eso hay razones para concluir que se abre ya una tercera etapa postconciliar, asumiendo con valentía y confianza la tarea de reforma propuesta en el Vaticano II. Para no divagar, nos ceñimos a los imperativos que venimos siguiendo.

La Iglesia se constituye en la misión. En la Exhortación *Evangelii Gaudium* el Papa Francisco respira esa preocupación evangelizadora: “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión esencialmente se configura como comunión misionera”. La actitud evangelizadora “representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia”.

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación”.

Urge la conversión misionera “que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad”.

La prioridad de la misión exige cambio de estructuras eclesiales “que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador. Una Iglesia en estado de misión, que sale a la calle, a las fronteras, no debe ser invernadero, Quiere ir a los que están lejos. Una Iglesia a la intemperie que sale a los caminos para acompañar y servir. “Invoco una vez más al Espíritu Santo, le ruego que venga a renovar, a sacudir, a impulsar a la Iglesia en una audaz salida fuera de sí para evangelizar a todos los pueblos¹⁸.”

Volver a Jesucristo. Si la Iglesia quiere ser evangelizadora siendo luz y sal que da sabor al mundo, no debe olvidar que “sin

¹⁸ EG, 7, 15, 23, 27, 261.

Jesús no puede; Jesús es la base, el fundamento de la Iglesia”; “la Iglesia ha de llevar a Jesús...; si alguna vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, esa Iglesia sería una Iglesia muerta”; “sólo es válido lo que lleva a Jesús y sólo es válido lo que viene de Jesús; Jesús es el centro, el Señor”¹⁹.

Solidaridad con el mundo. No ha sido fácil en el postconcilio digerir la nueva visión y el nuevo posicionamiento de la Iglesia en el Vaticano II. Pero el Papa Francisco trae de nuevo el aire oxigenante del Espíritu en el Concilio. Quiere una Iglesia “en dinamismo de salida”, que sea siempre “la casa abierta del Padre”. Por eso “el ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual”. Hay que salir del recinto sagrado: “prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”. La Iglesia evangelizadora es “madre de corazón abierto”, “se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias”, “acompaña a la humanidad en todos sus procesos por más duros y prolongados que sean”²⁰.

De ahí la necesidad de poner en práctica la recomendación del Vaticano II: “Aliento a todas las comunidades a una siempre vigilante capacidad de estudiar los signos de los tiempos”. Aunque es necesario esclarecer también aquello que atenta contra el proyecto de fraternidad, “el amor de Dios no se ha acabado, no se ha agotado su ternura, mañana tras mañana se renuevan”; “en el mundo contemporáneo son muchos los signos de sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestado de forma implícita y negativa”.

“El Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas porque todos hemos sido creados para lo

¹⁹ Homilias en Santa Marta (Vaticano), 7 de septiembre y 23 de octubre, 2013.

²⁰ EG, 20, 24, 32, 46, 47, 49, 67, 71, 74.



que el Evangelio nos propone: la amistad en Jesús y el amor fraterno...; el misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte”.

Para discernir en estos signos del tiempo el mensaje de Dios, necesitamos “sensibilidad espiritual”, “mirada contemplativa de fe que descubra al Dios habitando en los hogares, en las calles y en las casas”²¹.

La opción por los pobres que implica una presencia pública y profética de la Iglesia. Es capítulo que, siguiendo la preocupación de Juan XXIII y soslayado un poco en el Concilio, el papa Francisco, que respira el espíritu de la Conferencia General Latinoamericana celebrada en Aparecida, asume y concreta la opción por los pobres en la situación de un mundo globalizado y enfermo. “Hay un vínculo inseparable entre la fe cristiana y los pobres; nunca los dejemos solos “Jesús quiere que toquemos la miseria humana, la carne sufriente de los demás; espera que renunciemos a esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros”; “no quiere príncipes que miran despectivamente sino hombres y mujeres de pueblo que tratan de encender el fuego en el corazón del mundo”²².

Por eso “hoy tenemos que decir no a una economía de exclusión e inequidad”, “no podemos tolerar que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre”; no es tolerable “la cultura de descarte”, donde “grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas”²³.

²¹ EG, 51, 71, 154 y 265.

²² EG, 48, 270 y 271.

²³ EG, 53-60.

El Papa Francisco, siguiendo el espíritu del Concilio, está marcando la inspiración y criterios fundamentales para la reforma de la Iglesia evangelizadora en el mundo actual.

* * *

Cuando se celebran 50 años del Vaticano II y 60 del CELAM, es oportuno recordar y actualizar algo importante. Sin el Concilio, el CELAM no habría elaborado el documento profético de Medellín. Pero sin las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, tampoco el Concilio habría calado en América Latina. Esas Conferencias manteniéndose fieles a la opción preferencial por los pobres, son llamada profética para toda la Iglesia, cuyo diálogo con el mundo moderno sólo será evangélicamente significativo y creíble si, con entrañas de misericordia, practica esa opción.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Concilio Vaticano II. *Constituciones. Decretos. Declaraciones*, Madrid: BAC, 1966. 1118 p. (Biblioteca de Autores Cristianos, BAC Derecho Canónico y Documentos Pontificios y Conciliares).

ESPEJA, Jesús. *A los 50 años del Concilio. Camino abierto para el siglo XXI*. Madrid: San Pablo, 2012. 385 p. (Colección Frontera).

FRANCISCO, Papa. *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium. La alegría del evangelio*. Bogotá: San Pablo, 2014. 262 p. (Documentos Eclesiales, No. 20).

FRANCISCO, Papa. *Las palabras del Papa Francisco. Las homilias de la mañana. En la capilla de la Domus Sanctae Marthae* (2 de septiembre de 2013-31 de enero de 2014), (v. 2). Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana, 2014, 320 p.

JUAN XXIII, Papa. Constitución Apostólica *Humanae Salutis* (HS) para convocar el Concilio Vaticano II. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/apost_constitutions/1961/documents/hf_j-xxiii_apc_19611225_humanae-salutis.html



JUAN XXIII, Papa. *Gaudet Mater Ecclesia* (GME). Discurso pronunciado por S.S. Juan XXIII el 11 de octubre de 1962 en la Basílica Vaticana en el acto de inauguración solemne del Concilio Ecuménico Vaticano II. En: *Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones*. Madrid: BAC, 1966. 1118 p. (Biblioteca de Autores Cristianos, BAC Derecho Canónico y Documentos Pontificios y Conciliares).